

Todo ha sido premeditado para atraerlo a las soledades de Triste-le-Roy. Lönrot evita los ojos de Scharlach, mira los árboles y el cielo subdivididos en rombos turbiamente amarillos, verdes, rojos, y considera por última vez el problema de las muertes simétricas y periódicas:

En su laberinto sobran tres líneas —dijo por fin—. Yo sé de un laberinto griego que es una línea única, recta. En esa línea se han perdido tantos filósofos que bien puede perderse un mero detective. Scharlach, cuando en otro avatar usted me dé caza, finja (o cometa) un crimen en A, luego un segundo crimen en B, a 8 kilómetros de A, luego un tercer crimen en C, a 4 kilómetros de A y de B, a mitad de camino entre los dos. Aguárdeme después en D, a 2 kilómetros de A y de C, de nuevo a mitad de camino. Mátame en D, como ahora va a matarme en Triste-le-Roy.

—Para la otra vez que lo mate —replicó Scharlach— le prometo ese laberinto, que consta de una sola línea recta y que es invisible, incesante.

Retrocedió unos pasos. Después, muy cuidadosamente, hizo fuego<sup>40</sup>.

Ernesto Sábato sugiere dos posibilidades de interpretación de este relato: o bien se trata de algo sucedido pero rigurosamente causal (Lönrot puede prever el crimen, pero no puede impedirlo), o bien es la descripción de un objeto ideal, como un triángulo o un hipogrifo: «en cualquiera de los dos casos no hay transcurso sino en apariencia. Como en todo universo determinista, nada es realmente nuevo y “todo está escrito”, como diría alguno de esos textos musulmanes que con razón gusta de citar Borges. Al convertirse en pura geometría, el cuento ingresa en el reino de la eternidad. Y cuando lo leemos, ese museo de formas perpetuas asume un simulacro de tiempo, prestado por nosotros mismos, los lectores; y en el momento en que la lectura termina, las sombras de la eternidad vuelven a posarse sobre criminales y policías. Literatura acrónica, de la que los racionalistas como Borges pueden saltar a conjeturas de este género: ¿No seremos nosotros también un libro que Alguien lee? ¿Y no será nuestra vida el tiempo de la Lectura?»<sup>41</sup>.

En *Las ruinas circulares*, la vida ya no es un libro que alguien lee, sino un sueño que otro sueña. La hipótesis de que la realidad sea un sueño es una constante que se reitera en Borges con tenacidad. Y como ésta es la hipótesis que el racionalismo ha defendido desde sus comienzos, el auténtico patrón de Borges, según Sábato, es Parménides<sup>42</sup>. Para Jaime Alazraki, la doctrina budista del mundo como sueño de Alguien o de Nadie es uno de los temas centrales de la narrativa borgiana. Pero, además de sus relaciones con el budismo y con la filosofía idealista, *Las ruinas circulares* y otros relatos están impregnados de nociones de extracción cabalística, como han demostrado Alazraki, Saúl Sosnowski y Edna Aizenberg, entre otros<sup>43</sup>.

El relato *Las ruinas circulares*, que fue incluido por Borges en *El jardín de senderos que se bifurcan*<sup>44</sup>, aparece recogido en la antología de *El cuento fantástico*, de Roger Caillois<sup>45</sup>. La fábula que se desarrolla en esta narración es la de un hombre que sueña a otro hasta darle apariencia de vida, para descubrir al final que él también está siendo soñado. Al principio de la narración, el protagonista llega a un templo destruido por antiguos incendios. En este recinto circular decide llevar a cabo el proyecto

<sup>40</sup> *Ibid.*, págs. 162-163.

<sup>41</sup> Sábato, E.: *El escritor y sus fantasmas*, ed. cit., págs. 73-74.

<sup>42</sup> *Ibid.*, pág. 71.

<sup>43</sup> Alazraki, J.: «Borges and the Kabbah», *Tri Quaterly Northwestern University, Illinois*, n.º 25, Fall, 1972, págs. 240-267.

Sosnowski, S.: *Borges y la Cábala: la búsqueda del verbo*, Buenos Aires, Hispamérica, 1976.

Aizenberg, E.: «The Aleph's weaver», *Potomak, Scripta Humanistica*, 1984.

<sup>44</sup> Borges, J.L.: *El jardín de senderos que se bifurcan*, Buenos Aires, Sur, 1941-1942; ed. aumentada, Buenos Aires, Emecé, 1956.

<sup>45</sup> Caillois, R.: *Antología del cuento fantástico*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1967 [2.ª ed., 1970].

mágico que había agotado el espacio entero de su alma: «El propósito que lo guiaba no era imposible aunque sí sobrenatural. Quería soñar un hombre: quería soñarlo con integridad minuciosa e imponerlo a la realidad»<sup>46</sup>. Al principio, los sueños eran caóticos; poco después, fueron de naturaleza dialéctica. Después de muchas noches de frustraciones, insomnios y fracasos, logra soñar un hombre íntegro, pero éste ni se incorpora ni habla. Agotados los votos a los númenes de la tierra y del río, sus ruegos son atendidos por la efigie del templo destruido, que le promete animar el fantasma soñado. Todas las criaturas, excepto el Fuego y el soñador lo crearán un hombre de carne y hueso. En el sueño del hombre que sueña, el soñado se despierta; durante dos años el mago le descubre los arcanos del universo y el culto del Fuego, y cuando lo estima preparado para nacer lo besa por primera vez y lo envía a otro templo. Pasado cierto tiempo, una noche dos remeros le hablan de un hombre mágico en un templo del Norte, capaz de atravesar el fuego y no quemarse. El soñador teme que su criatura descubra que es una simple proyección suya y conozca su condición de mero simulacro. Sin embargo, el mago recuerda que, de todas las criaturas que componen el orbe, el fuego es la única que sabe que su hijo era un fantasma, y este pensamiento le apacigua. Al final, se repite lo acontecido desde hace muchos siglos: las ruinas del santuario del dios del fuego son destruidas por el fuego. El mago, como Lönrot en *La muerte y la brújula*, se enfrenta a su final: «En un alba sin pájaros el mago vio cernirse contra los muros el incendio concéntrico. Por un instante pensó refugiarse en las aguas, pero luego comprendió que la muerte venía a coronar su vejez y a absolverlo de sus trabajos. Caminó contra los jirones de fuego. Éstos no mordieron su carne, éstos lo acariciaron y lo inundaron sin calor y sin combustión. Con alivio, con humillación, con terror, comprendió que él también era una apariencia, que otro estaba soñándolo»<sup>47</sup>. El sueño es de nuevo la clave del enigma. Jaime Alazraki, que ha analizado con detenimiento la estructura y la función de los sueños en los cuentos de Borges, señala la dificultad que presenta este estudio, por el delgado límite que en el mundo de sus ficciones separa la representación de la realidad como acontecer histórico (imaginario) de la realidad concebida como acaecer onírico<sup>48</sup>. El relato, que lleva como epígrafe un fragmento del *Through the Looking-Glass*, de Lewis Carroll («And if he left off dreaming about you...») anuncia ya al principio una de las claves del enigma: «Nadie lo vio desembarcar en la unánime noche...»<sup>49</sup>. Aquí se contiene ya un indicio de la condición de ente soñado de su protagonista. El adjetivo «unánime», como ha hecho notar James E. Irby<sup>50</sup> no se comprende ni se explica en este contexto si no es en su acepción etimológica o literal («unus animus»), es decir, una noche que transcurre en la mente de alguien. Al final, se revelará claramente el enigma: esa noche transcurre en la mente de otro mago que lo está soñando.

El tema del universo como sueño, tan determinante en este relato en *La muerte y la brújula*, aparece planteado de un modo teórico en el ensayo *Formas de una leyenda*. En él recuerda Borges que «todas las religiones del Indostán y en particular el budismo enseñan que el mundo es ilusorio. "Minuciosa relación del juego" (de un

<sup>46</sup> Borges, J.L.: «Las ruinas circulares», en *Ficciones*, Barcelona, Planeta, 1985, pág. 62.

<sup>47</sup> *Ibid.*, págs. 68-69.

<sup>48</sup> Alazraki, J.: *La prosa de Jorge Luis Borges*, pág. 334.

<sup>49</sup> Borges, J.L.: *Ficciones*, ed. citada, pág. 62.

<sup>50</sup> Irby, J.E.: *Labyrinths; Selected Stories and Other Writings, Connecticut, A New Directions Book*, 1962, «Introduction», pág. XXI.

Buddha) quiere decir Lalitavistara...; un juego o un sueño es, para Mahayana, la vida del Buddha sobre la tierra, que es otro sueño»<sup>51</sup>.

El tema del sueño revela, en definitiva, una de las inquietudes metafísicas de Borges. Estas mismas preocupaciones están presentes en otros relatos de estructura policial como *El acercamiento a Almotásim*. La narración apareció como «ensayo» en *Historia de la eternidad*<sup>52</sup> y más tarde fue incluida como cuento en *Ficciones*. Esta circunstancia no resulta extraña: es evidente el carácter ensayístico de muchas de sus ficciones, así como el carácter ficcional de algunos de sus ensayos. Ello es congruente con el afán de Borges por borrar o confundir los límites entre lo real y lo irreal, como también lo es, el simular un libro que ya existe, como fuente generadora del texto que se presenta. Es el procedimiento utilizado en este relato, que empieza proclamando sus deudas con la novela policial por una parte y con el «*undercurrent* místico» por otra<sup>53</sup>. Se habla así del influjo de Wilkie Collins y de poemas alegóricos del Islam, como los del autor persa Ferid Addin Attar. Pero si esa hibridación podría movernos a imaginar algún parecido con Chesterton, el narrador se apresura a confesar que no hay tal cosa.

El acercamiento a Almotásim presupone, como ya he apuntado, la existencia de una novela, «la primera novela policial escrita por un nativo de Bombay City». En la novela, el protagonista, un estudiante de Derecho, descrece de la fe islámica de sus padres y emprende la «busca de un alma a través de los delicados reflejos que ésta ha dejado en otras (...) A medida que los hombres interrogados han conocido más cerca a Almotásim, su porción divina es mayor, pero se entiende que son meros espejos. El tecnicismo matemático es aplicable: la cargada novela de Bahadur es una progresión ascendente, cuyo término final es el presentido "hombre que se llama Almotásim"»<sup>54</sup>. Al cabo de los años, el estudiante llega a una galería y pregunta por Almotásim. Una voz de hombre le insta a pasar. El estudiante descorre la cortina y avanza. En ese punto la novela concluye<sup>55</sup>.

Al final del relato, Borges incluye una nota, que contiene el resumen del poema *Mantiq al-Tayr* (Coloquio de los pájaros) del místico persa Farid al-Din Abú Talib Muḥammad ben Ibrahim Attar. En el poema, Simurg, el rey de los pájaros, deja caer en el centro de China una pluma espléndida. Los pájaros resuelven buscarlo. Saben que el nombre de su rey quiere decir treinta pájaros y que su alcázar está en Kaf. Acometen «la casi infinita aventura»: muchos desertan, otros perecen; treinta, purificados por los trabajos, pisan la montaña de Simurg: «Lo contemplan al fin: perciben que ellos son el Simurg y que el Simurg es cada uno de ellos y todos»<sup>56</sup>. Como declara Plotino: «Todo, en el cielo inteligible, está en todas partes. Cualquiera cosa es todas las cosas. El sol es todas las estrellas, y cada estrella es todas las estrellas y el sol»<sup>57</sup>. El poema sirve para resolver el enigma de la novela de Bahadur y del relato: «la identidad del buscado y del buscador»<sup>58</sup>, el estudiante de Bombay es Almotásim y Almotásim es el estudiante y todos los hombres. Pero, como resulta habitual en Borges, esta interpretación no es única: otro capítulo sugiere que Almotásim es el hindú que el estudiante cree haber matado<sup>59</sup>.

<sup>51</sup> Borges, J.L.: *Otras inquietudes*, Buenos Aires, Emecé, 1964, pág. 207.

<sup>52</sup> Borges, J.L.: «El acercamiento a Almotásim», en *Historia de la eternidad*, Buenos Aires, Vial y Zona, 1936.

<sup>53</sup> Borges, J.L.: «El acercamiento a Almotásim», en *Nueva antología personal*, Barcelona, Bruguera, 1980, pág. 85.

<sup>54</sup> *Ibid.*, pág. 89.

<sup>55</sup> *Ibid.*, págs. 90-91.

<sup>56</sup> *Ibid.*, pág. 92.

<sup>57</sup> *Ibid.*, pág. 92.

<sup>58</sup> *Ibid.*, pág. 93.

<sup>59</sup> *Ibid.*, pág. 93.